

Margit Frenk

# Entre motivos de asombro

Felipe Garrido

*Investigadora, erudita y escritora, Margit Frenk es una de las presencias más poderosas de los estudios literarios en nuestro país. Exploradora de las jarchas mozárabes, esos registros iniciales de nuestra lengua, plenos de canciones de amor, alegría y desengaño, Margit se ha convertido en una presencia ineludible en nuestras letras. Felipe Garrido, autor de La musa y el garabato, La urna y La necesidad de entender, entre otros libros, se aproxima a la obra y figura de la gran filóloga mexicana.*

El asombro es el estímulo más poderoso; la mejor razón para seguir escuchando, seguir leyendo, seguir viviendo. Estas líneas nacen de unos cuantos motivos para vivir asombrados. Comienzo con uno engañosamente remoto: el del eco milenario.

I

Cuando se entera de que ha muerto su marido; su grande, desbordante, solo amor, Susana San Juan estalla:

¿Florencio? ¿De cuál Florencio hablaba? ¿Del mío? ¡Oh!, ¿por qué no lloré y me anegué entonces en lágrimas para enjuagar mi angustia? ¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pe rotú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. Mi

cuerpo transparente suspendido del suyo. Mi cuerpo liviano sostenido y suelto a sus fuerzas. ¿Qué haré ahora con mis labios sin su boca para llenarlos? ¿Qué haré de mis adoloridos labios?

Cada vez que vuelvo a estas palabras: “¿Qué haré ahora con mis labios sin su boca para llenarlos? ¿Qué haré de mis adoloridos labios?”, vuelvo a sentir el alienato de otra boca enamorada, mil años distante, que me susurra al oído, en un suspiro:

¿Qué haré, qué será de mí?

Y enseguida, con idéntica vehemencia:

Dime, ¿qué haré yo?,  
¿cómo viviré yo?  
Amado,  
no te apartes de mí.

En la voz exaltada de Susana San Juan, en las palabras que seguramente muchas veces anotó y tachó y repitió en voz alta y volvió a escribir Juan Rulfo, me gusta —me asombra— percibir los ecos de las *jarchas*.

(No sobra recordar que las *jarchas*, las muestras más remotas de la lírica romance, son pequeñas canciones tomadas o imitadas de la tradición popular, que sirven de *salida* a una composición mayor, la *moaxaja*, escrita —¡extremos del artificio!— con el fin de llegar precisamente a esos versos, de rematar con ellos. Las *moaxajas* son poemas cultos, en árabe o en hebreo; las *jarchas* están en mozárabe, el dialecto que al despuntar el siglo X hablaba el pueblo de Al Ándalus, donde surgió esta forma poética, y que acabaría por fundirse en el castellano).

## II

¿Cómo pudo aquel eco salvar tan gran distancia? El segundo motivo de asombro es una posible respuesta a esa pregunta. Podemos llamarlo, no sin misterio, el de las lecturas oportunas.

Me gusta —me asombra— establecer, en el reino de lo probable, cómo pudieron llegar, un milenio después, las palabras del evidentemente culto poeta medieval, que toma —o recrea— una expresión popular, al narrador, igualmente letrado que, del otro lado del mar, las recoge para expresar de nuevo el mismo desconsuelo de una mujer que ha perdido a su enamorado.

Llama la atención que una misma pregunta se repita: “¿qué haré, qué haré yo?”. La fórmula es poco frecuente en nuestras coplas populares —ahí están para probarlo los cinco tomos del *Cancionero folklórico de México*. Abunda, en cambio, en las *jarchas* que dan siempre voz a una muchacha.

Si lo que sigue puede parecer una fantasía, la forma en que conspiran las fechas me permite cultivarla: lector voraz y curioso, atento a las novedades, en 1949 Rulfo leyó, en el número 33 de la *Revista de Filología Española*, publicada en Madrid, el ensayo “Cancioncillas de amigo mozárabes. (Primavera temprana de la lí-

rica europea)”, en el que Dámaso Alonso dio a conocer el extraordinario hallazgo de Samuel Miklos Stern: veinte textos poéticos románicos, algunos anteriores a la obra de Guillermo IX, duque de Aquitania, el más antiguo de los trovadores.

Otra versión, cercana a la anterior, pero mucho más probable, por causas de proximidad y de amistad entre los protagonistas: en 1952, cuando ya trabajaba en *Pedro Páramo*, que aparecería tres años después, Rulfo leyó, en el tomo 6 de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, publicada en México, el artículo “Jarchas mozárabes y *refrains* franceses”, donde nuestra pregunta aparece por triplicado: “¿Qué faré, mamma?”, “Gar, ¿qué fareyu?”, “¿Qué fareyu, ou, qué será de mibi, / habibi?”.

Una tercera posibilidad —pero ninguna excluye a las demás—: el artículo —antes fue una conferencia dictada en el Ateneo Español— “El nacimiento de la lírica española a la luz de los nuevos descubrimientos” que en enero de 1953 *Cuadernos Americanos* publicó, también en México.

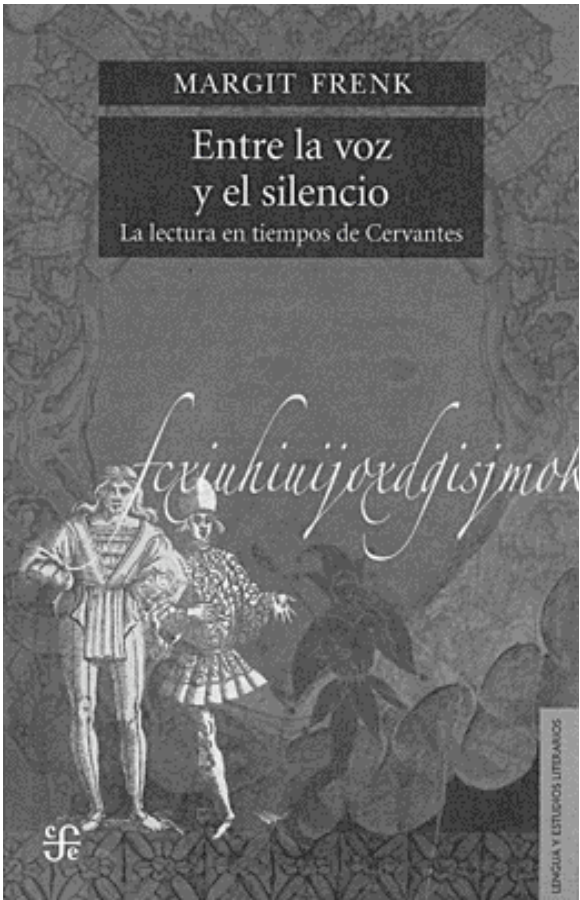
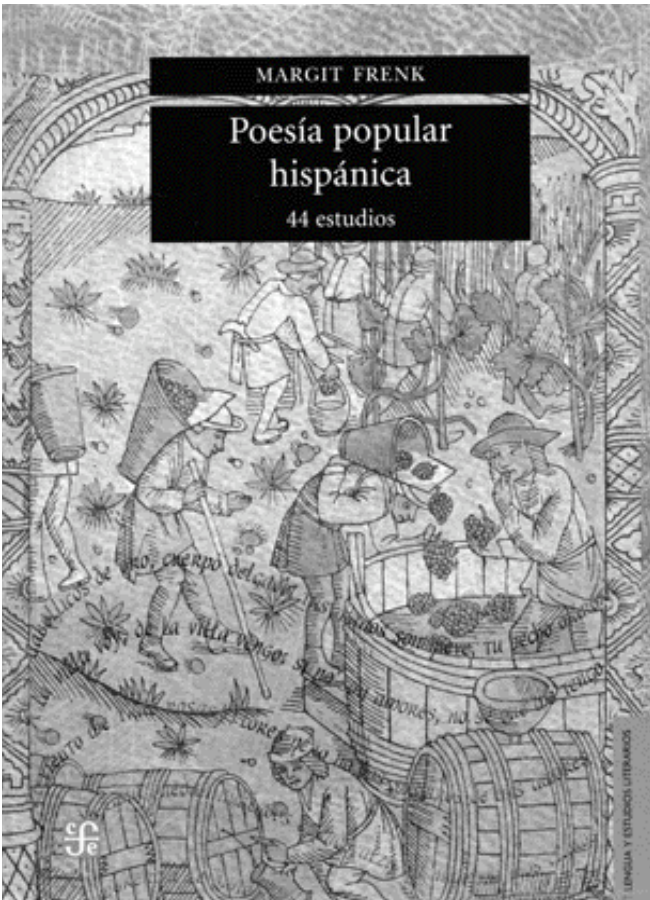
¿Habrá leído Rulfo alguno de estos artículos? Y, ¿por qué no? Y, ¿por qué no los dos? Me gusta —me asombra— suponerlo porque me permite reunir a dos de mis más queridos y admirados maestros, ambos miembros de mi Academia: el enorme escritor que es Juan Rulfo, y la incansable, curiosa, rigurosa autora de los dos artículos aparecidos en México: Margit Frenk.

## III

Y ya que ha saltado el nombre de doña Margit, se impone un tercer motivo de asombro, que esta vez no conoce misterios ni ambigüedades: su obra descomunal.

Margit Frenk es reconocida, en el mundo, como la máxima conocedora de la lírica popular hispánica. Sus ensayos, reseñas, traducciones, libros y ediciones son de consulta obligada. Ha sido distinguida con la beca Guggenheim; en el Sistema Nacional de Investigadores, como investigadora nacional, nivel III, como inves-

¿Qué es la lírica popular? ¿Qué sucede cuando el pueblo se apropia de lo que han dicho los poetas y lo repite y transforma por su cuenta? ¿Qué ocurre cuando un poeta letrado hace suya la voz de la gente común?



tigadora nacional emérita y como investigadora nacional de excelencia; como presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas y, desde 1992, como presidente de honor; como miembro correspondiente de la British Academy; como miembro honorario del Institute of Romance Studies de la Universidad de Londres; como miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua; en El Colegio de México como investigadora emérita; en la Sorbonne Nouvelle, París III y en la Universidad de Sevilla con doctorados *honoris causa*. Ha recibido el Premio Universidad Nacional, el Premio Nacional de Ciencias y Artes, el primer —y hasta ahora único— Premio San Millán de la Cogolla, el Premio Alfonso Reyes y, en 2007, el segundo Premio Demófilo para investigación en cultura popular, otorgado por la Fundación Machado, de Sevilla. Tres libros de homenaje a su obra han sido publicados por la UNAM, la UAM y la Universidad de Salamanca, 2001; y uno más (UNAM) se encuentra en prensa. A éstos se suman dos volúmenes colectivos que le están dedicados, uno en Sevilla, y el segundo en Londres.

(Es curioso que en esta deslumbrante secuencia no pueda incluirse a doña Margit como profesora emérita

en la UNAM; hasta el momento esa distinción no le ha sido otorgada).

Doña Margit Frenk pertenece a la Asociación Internacional de Hispanistas, a la Asociación Internacional Siglo de Oro y a la Society for Renaissance and Baroque Hispanic Poetry. Asimismo a los consejos editoriales de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, el *Bulletin of Spanish Studies*, la *Ibero-Romania*, el *Journal of Hispanic Research*, *Medievalia*, *Paremia*, *Signos. Estudios Literarios* y la *Revista de Filología Española*. Se inició en las labores editoriales en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, de El Colegio de México, donde trabajó por treinta años; fundó y dirigió la revista *Literatura Mexicana* del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y, actualmente, elabora la *Revista de Literaturas Populares*, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. La Academia Mexicana de la Lengua la recibió como miembro de número en 1993. *Charla de pájaros o Las aves en la poesía folklórica mexicana* fue su discurso de ingreso. Al responderlo, don Manuel Alcalá celebró su devoción por la lírica medieval y sus numerosas publicaciones. “Gran lectora y sabia”, la llamó.



IV

Margit Frenk ha investigado y escrito sobre todo para especialistas. Pero —nuevo motivo de asombro, el de la semilla que se esparce—, como toda obra en verdad básica para una cultura, la suya rebasa esa frontera.

La menor de los dos hijos del médico Ernesto Frenk y de la crítica, escritora y traductora Mariana Frenk-

Westheim —quien puso *Pedro Páramo* en alemán—, Margit nació en Hamburgo y llegó a México cuando tenía cuatro años, en 1930. Estudió en la UNAM, en la Universidad de California en Berkeley, en el College de France, en La Sorbona, y se doctoró en El Colegio de México. Ha sido directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, y coordinadora del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Por muchos años ha sido maestra e investigadora en El Colegio de México y en la UNAM. Como profesora visitante, en Heidelberg, Harvard, Hamburgo, el Colegio de Sinaloa.

En 1952, cuando publicó sus artículos sobre las *jarchas* mozárabes que tal vez dieron a Rulfo el tono que el deseo y el dolor dan a la voz de Susana San Juan, Margit Frenk tenía 27 años. Seis antes, su tesis en la UNAM ya apuntaba hacia su campo de mayor interés, “La lírica popular en los Siglos de Oro”. Había publicado dos artículos, tres reseñas, y había preparado la edición del *Cancionero de galanes y otros rarísimos cancionerillos góticos*, que se publicó en Valencia. Aquellos promisorios principios dieron el fruto esperado. Hoy en día doña Margit Frenk quizá ya ha rebasado los doscientos títulos, entre artículos, ensayos, ediciones, reseñas, libros y traducciones.

En ese mar de papel, cinco libros recientes o con reimpressiones recientes —me consta que los cinco están en librerías— ponen al alcance del lector curioso, no necesariamente especializado, la parte medular de la monumental producción de esta autora.

1. *Las jarchas mozárabes y los comienzos de la lírica románica*, publicado por El Colegio de México.
2. El *Cancionero folklórico de México*, publicado por El Colegio de México. En cinco volúmenes, la recopilación más amplia y sólida de la poesía popular que haya sido realizada en cualquier lengua.
3. *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*. Publicado por el Fondo de Cultura Económica. Sobre el paso de la lectura en voz alta a la lectura en silencio.
4. El *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica. Siglos XV a XVII*, publicado en dos volúmenes por la

Y porque tantas lenguas han desaparecido, está claro que hace falta, para cada pueblo, que alguien cuide el fuego, la palabra robada a los dioses. A eso ha dedicado Margit su vida.

UNAM, El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica.

5. *Poesía popular hispánica: 44 estudios*, editado por el Fondo de Cultura Económica.

¿Qué es la lírica popular? ¿Qué sucede cuando el pueblo se apropia de lo que han dicho los poetas y lo repite y transforma por su cuenta? ¿Qué ocurre cuando un poeta letrado hace suya la voz de la gente común? Tales son los temas recurrentes.

v

El asombro final, el asombro del fuego.

En una reseña a *Poesía popular hispánica: 44 estudios*, escribió José Manuel Pedrosa, de la Universidad de Alcalá:

Muy pocas veces, en el ámbito de cualquier disciplina científica, ha podido ser asociado el nombre de algún especialista al surgimiento, al desarrollo y a la consolidación de todo un género dentro de esos estudios. En el dominio de la Filología Hispánica, es posible que sólo haya dos nombres a los que se pueda reconocer un mérito semejante: el de don Ramón Menéndez Pidal (...), y el de Margit Frenk, que es la persona que, hace ya seis décadas, situó en el mapa de la ciencia e introdujo en los manuales de literatura y en los currícula universitarios un género, el de la lírica popular hispánica, que, sin ella, se hubiera quedado en alguna oscura cripta, esperando mejor ocasión y aguardando el esfuerzo, que hubiera tenido que ser seguramente colectivo, de toda una generación o de varias generaciones de estudiosos para poder salir a la luz.

Habría que añadir que Margit Frenk hace ligeras las más de cuatro mil páginas de los cinco libros que he mencionado. Sus escritos están alejados de toda retórica academicista, de toda vana erudición; desprenden energía y pasión; reflejan la alegría de trasladar su emoción a los demás. Quienes tenemos la fortuna de tratarla y de escucharla en vivo, sabemos que el estilo en que Margit escribe se halla muy próximo al estilo en que habla. Leerla nos permite escuchar el tono, la cadencia, la emoción de su voz.

Habría que añadir, también, que hay en la obra de Margit Frenk algo más profundo que cuanto he dicho. Algo que va más allá de la acumulación de publicaciones, cátedras y honores. Algo que tiene que ver con un mito oculto tras un mito: el robo del fuego, que no es el mero robo del fuego, sino de algo mucho más trascendente y peligroso, de lo único que hace a los hombres semejantes a los dioses, el robo de la palabra.

Pues en la oscura noche primigenia —que se repite para cada pueblo—, oscura de impotencia y de igno-



rancia, lo que hace falta a los hombres no es la llama de la hoguera, sino la brasa capaz de encender el espíritu, el ascua que los acerque a la condición divina, la chispa de la creación. En cada cosmogonía se repite el episodio: son Prometeo, y el tlacuache que enciende su cola, y el pájaro que se alza como una antorcha viva. Para constituirse, cada pueblo ha tenido que cometer el robo sagrado, el único verdaderamente sagrado, el de su palabra, que le permite crear y que los dioses buscarán extinguir, porque los dioses son siempre celosos de su poder.

Y porque tantas lenguas han desaparecido, está claro que hace falta, para cada pueblo, que alguien cuide el fuego, la palabra robada a los dioses. A eso ha dedicado Margit su vida. En eso se centra la diversidad de sus intereses, de sus desvelos, de sus viajes. Margit Frenk es uno de esos raros, atrevidos, excepcionales seres a quienes con gratitud, reverencia y admiración, podemos nombrar, para mantener el encubrimiento, *los guardianes del fuego*. [1]